



PALMA SEÑORIAL

LA VIEJA PALMA ES UNA CIUDAD DE CASAS SEÑORIALES EN LA QUE EL TIEMPO SE DETIENE A FINES DEL SIGLO XIX, TEJIENDO EN SUS FACHADAS E INTERIORES UNA RADIografía ARTÍSTICA DE SU PASO. SU PRESENCIA NOS RECUERDA EL FRISO HISTÓRICO Y HUMANO DE UNA ÉPOCA, Y LA CASA ERA UN REFLEJO DE UN SEÑORÍO HOY PERDIDO.

JOSEP CARLES LLOP-CARRATADÀ ESCRITOR

La vieja Palma es una ciudad de casas señoriales en la que el tiempo se detiene a finales del siglo XIX, tejiendo en sus fachadas e interiores una radiografía artística de su paso. Llorenç Villalonga -el escritor del Tiempo perdido en la isla- escribió en su primera novela: "El barrio es venerable, noble y silencioso, con calles estrechas y casas amplias, que parecen desabitadas". Y refiriéndose a sus interiores: "Hermosos cuadros en los que, de pronto, no se ve que hay pintados sillones de reposo y lechos barrocos con cortinajes de damasco. Estos lechos tienen muchos colchones; en ellos se duerme muy bien". El sueño, y la ensueñación, son también diurnos, pues en el silencio nada puede cambiar la belleza y la memoria de estas casas. Una memoria que se ve reflejada en las distintas reformas a las que se han visto sometidas -dadas las intensas relaciones comerciales que mantuvo la isla durante los siglos XVI, XVII y XVIII y las distintas influencias artísticas de sucesivas épocas.

A menudo, el viajero confunde estas casas de la antigua aristocracia mallorquina con los palacios mediterráneos. El viajero se equivoca pues las mansiones de Palma no se consideran tales. En una de tantas analogías con la isla de Sicilia -los sicilianos rechazan la palabra *palazzo* prefiriéndole la palabra *casa*-, el exotismo palatino se reduce a

eso: a puro exotismo. Todas se denominan con el prefijo *can*, seguido del linaje de sus propietarios originales, alta nobleza y grandes comerciantes. Pese a las sucesivas reformas, la influencia italiana durante los siglos XVI, XVII y XVIII fue muy considerable. Las casas señoriales mallorquinas conservan dos constantes de su origen: la pervivencia de elementos góticos -su primera construcción data de los siglos XIV y XV- y la idea de casa romana estructurada alrededor de un patio que es, a la vez, la entrada blasonada -y decorada con temas simbólicos- de la mansión.

A partir de estos detalles básicos y siempre respetados, el paso del tiempo deja observar su efecto de metamorfosis arquitectónica: arcos de medio punto, ventanas coronelas, portales renacentistas, balcones con barandillas salomónicas de hierro, artesonados de madera policromada, jácenas de madera roja, motivos platerescos y la ornamentación dieciochesca en todo su esplendor, pero su interior, donde se acumulan ordenadamente -para los miembros de la aristocracia y los grandes comerciantes los gastos en muebles eran una inversión- desde las sillones de reposo tapizados de cuero o terciopelo, butacas Renacimiento, arcones y cajas de estilos gótico, plateresco y barroco, canteranos mallorquines, magníficas pinturas, tapices

de damasco y lechos salomónicos, hasta las recientes sillas isabelinas, entre unas paredes que oscilan de la albura de la cal a los vivos colores del damasco y las molduras doradas. El arquitecto Guillermo Reynés ha descrito así su distribución: una puerta de medio punto da entrada a un vestíbulo espacioso con un patio central del que arranca la escalera... Las crujías que rodean el patio se sostienen por arcos; y en la disposición de las escaleras, de una gran variedad, es indispensable la galería de rellano -o *loggia*- que da entrada al piso con una puerta a cada lado. El interior del piso se compone siempre de un gran recibidor y una serie de salones que van aumentando en riqueza hasta acabar en un dormitorio. Un entresuelo para los estudios y un porche que sirve de trastero y tendedero completan los servicios de nuestras casas señoriales".

Todo ello sigue inmutable. No hay, es verdad, ningún rastro que perdure de la riqueza que originó la belleza de las casas señoriales del barrio antiguo de la ciudad de Palma. Pero su presencia nos recuerda con exacta precisión el friso histórico y humano de unos tiempos en los que la vida oscilaba entre la plácida beatitud y las cruentas luchas entre clanes aristocráticos, y la casa era un reflejo de un señorío hoy perdido. Lo dice el antiguo refrán mallorquín: "Sa casa fa es senyor (La casa hace al señor)". ■



CASA SEÑORIAL DEL SIGLO XVIII



CASA OIEZA

© AISA